

—De manera que no has almorzado?, replicó tristísimo el padre.

—No, tata; por hacer letras.

Y los dos esposos se miraban con la melancolía más profunda. No se atrevían—como era su intención—á comunicarle que les era imposible mandarlo á la escuela: era preciso que él también ganara!

Pero Sotillo con su malicia sospechó algo de lo que trataban y no pudo contener las lágrimas; abrazándose á sus padres les dijo:

—Bueno, bueno, yo trabajaré *pa* ustedes.

Y otro día, ya no puso en sus alforjas los libritos de la escuela. Iba con rumbo á un trapiche.

.....  
Poco á poco se fué debilitando notablemente, porque los trabajos eran muy pesados para un niño tan tierno.

Y cuando Soto advirtió en su hijito principios de pulmonía, una desesperación muy grande se apoderó de su alma. Ya no dormía las noches velando al enfermo.

“No lo llevo á la *villa*—decía, porque aun consiguiendo el dinero *pa* las medicinas, se que esos médicos ven con indiferencia al conchito enfermo”.

Y por eso prefirió dejarlo en su casa.

Grave seguía el pequeñuelo. En vano su madre se esforzaba por salvarlo. Y Soto deliraba como trastornado.

—Ya no lo veré más!—hablaba. Y todo por mi culpa. Ese pensamiento lo quería volver loco; pues qué culpa puede tener un hombre que vive explotado en una sociedad, en donde sus fuerzas se disipan sin saber cómo?

Pero Soto no razonaba así. Y cada vez se iban notando en él nuevos síntomas de locura.

Por fin murió Sotillo.